

SEGUIR A JESUS HOY AL ESTILO DE LAS BIENAVENTURANZAS

Carlos Alberto Calderón, Pbro*

INTRODUCCION

Acercarnos a las bienaventuranzas, para encontrar en ellas la fuente de nuestra espiritualidad, es decir, de nuestra experiencia de Dios, es una tarea imprescindible hoy para un cristiano; esto por dos razones:

a) Porque una auténtica vida cristiana, una genuina espiritualidad solamente puede surgir de un encuentro vital con el evangelio, con la palabra de Dios; es decir, la búsqueda de espiritualidad cristiana tiene que ser una búsqueda radicalmente bíblica. Esta afirmación que parece ser tan evidente, quizás en el fondo no lo sea tal. Hoy encontramos en la Iglesia personas y grupos que han centrado toda su experiencia de fe y todo su esfuerzo de vida cristiana, no propiamente en el evangelio o en la palabra de Dios, cuanto en fundadores de movimientos o corrientes de espiritualidad, o en devociones a santos. Todas estas formas de vida cristiana y todos estos movimientos nuevos en la Iglesia pierden su razón de ser cuando suplantán por sus propias ideologías la ineludible obligación de "beber en el pozo" del evangelio, de la palabra de Dios.

b) Porque el núcleo del mensaje bíblico, de toda la predicación de Jesús aparece en ese gran monumento bíblico-teológico que se llama el "sermón de la montaña" (Mt 5-7) el cual se abre precisamente con las bienaventuranzas. Ser cristiano no es otra cosa que seguir a Jesús y es el sermón de la montaña y mucho más específicamente en las bienaventuranzas en donde Jesús presenta cuál es el estilo de vida que debe asumir un hombre o una mujer que decide vivir su vida en seguimiento de Jesucristo.

*. Teólogo moral. Profesor de teología en la Universidad Pontificia Bolivariana. Colombiano

Son estas las razones por las cuales creemos que es un imperativo para nosotros hoy volvernos a este texto para, a partir de un acercamiento contemplativo a él poder confrontar nuestra espiritualidad¹. Es entonces importante que desde el comienzo comprendamos que las bienaventuranzas son una oferta de sentido de vida para quien quiera comprometerse en el seguimiento de Cristo, es el anuncio del evangelio; ellas, vale la pena resaltarlo de nuevo, no representan algo *opcional* para un cristiano, no son una más de las líneas de espiritualidad; acercarse a ellas es ir al núcleo mismo de la espiritualidad cristiana; no es que se pueda escoger o no la línea de vida de las bienaventuranzas; si queremos ser fieles seguidores de Jesús y anunciadores de su reino, tenemos que asumir el estilo de vida de las bienaventuranzas.

1. DIMENSION EXEGETICA

Antes de entrar a descubrir específicamente cuál es el mensaje y cuales las implicaciones de las bienaventuranzas para nosotros hoy, es importante hacer un acercamiento, sin muchas pretensiones, exegéticas al texto mismo.

Y lo primero que constatamos al acercarnos al evangelio es que en él existen dos versiones de las bienaventuranzas; una aparece en Mateo (Mt 5,1-12) y otra en Lucas (Lc 6,20-23). Ambas versiones presentan ciertas diferencias:

- Por ejemplo, mientras Mateo habla de "pobres de espíritu", Lucas habla simplemente de "pobres".
- Mientras Lucas trae también las así llamadas "malaventuranzas" (Lc 6,24-26), Mateo no.

¿Porqué esta diferencia? Sin entrar detalladamente en el estudio exegético de ambos textos² si es importante decir dos palabras al respecto. Sabemos que el propósito de los evangelistas no fue elaborar un reportaje estilo periodístico o biográfico sobre la persona de Jesús; lo que ellos intentaron no fue otra cosa que hacer comprender a sus comunidades, a sus futuros lectores cual fue la *praxis* de

-
1. Por espiritualidad entendemos precisamente la experiencia que de Dios tenemos y estilo de vida desde el cual transparentamos dicha experiencia; vale la pena insistir en las dos dimensiones (experiencia de Dios y estilo de vida), especialmente cuando muchos en la Iglesia reducen la espiritualidad a un devocionismo religioso, desentendado de la realidad, aparte de la vida.
 2. Cfr. extensa bibliografía al respecto en *Ephemerides Theologicae Lovanienses* Elencus Bibliographicus (1965-1977)

Jesús (sus palabras y sus hechos) y cómo dicha praxis ayudaba a las comunidades a vivir la fe. Por eso los evangelios son básicamente una colección de dichos y hechos del Señor que los evangelistas ordenan y elaboran con miras a presentar una catequesis sobre la vida de Jesús a sus comunidades.

De todo este material sobre los dichos y hechos de Jesús que recoge concretamente uno de los evangelistas, Marcos, los demás elaboran sus catequesis tomando lo que parecía importante y más significativo para la situación concreta de sus comunidades y eso es precisamente lo que explica que haya dichos o hechos de Jesús que aparecen en un evangelista y en otros no. Ello explica también la diferencia de textos como el de las bienaventuranzas; Mateo que vivía en una comunidad de judíos convertidos toma para su redacción lo que le parece más significativo y resalta los aspectos que Lucas no acentúa tanto, como por ejemplo la persecución. Lucas que en cambio vivía en una comunidad marcada por diferencias sociales muy fuertes entre ricos y pobres, toma de la predicación de Jesús lo que le sirve para iluminar más estas situaciones y por ello trae por ejemplo las "malaventuranzas" que Mateo no trae o por ejemplo la parábola del rico Epulón y Lazaro.

Para articular y unificar todas estas diferencias, los exégetas han realizado un trabajo muy valioso e interesante, como sucede en el caso concreto de las bienaventuranzas. Uno de estos aportes valiosos es el de J. Dupont³, quien hace una interpretación de éstas dos versiones, producto de dos tendencias, a la luz de los que él llama un "tercer testigo" que esté menos comprometido directamente; este tercer testigo, para el caso de las bienaventuranzas es el famoso "óraculo de Isaías" (Is 61,1-2), el cual jugó papel importante en la manera como Jesús presentó su misión a sus contemporáneos. A partir de este texto Dupont reconstruye una forma que haga más comprensible las dos interpretaciones de Mateo y Lucas:

- "Felices los pobres porque el Reino de Dios es de ellos"
- "Felices los que tienen hambre porque serán saciados"
- "Felices los afligidos porque serán consolados"

Estas tres bienaventuranzas pueden tomarse como un todo: los pobres, los que tienen hambre y los afligidos son como tres aspectos de una misma situación de sufrimiento; ser pobre, estar afligido por algo, tener hambre, causa degradación. La palabra "pobres" (del latín *pauper*) designa a los que tienen pocos bienes sin llegar a ser necesariamente indigentes. Pero es claro que en el evangelio se habla de los pobres en el sentido de indigentes (Ptôchoi), es decir, los desgraciados, los

3. J. Dupont., *Les Beatitudes*, Louvain, 1958

que hay que socorrer con limosna. Pero en la mentalidad propiamente semítica la palabra pobres tiene otro matiz más, son los *anawin*, las gentes *doblegadas*, los *rebajados* y humillados aquellos a los cuales la miseria los pone bajo la inexorable dependencia de otros; para estos desgraciados (pobres) es para quienes el anuncio del Reino constituye verdaderamente una Buena Noticia. Al dirigirse en primer lugar a estos pobres y desgraciados, las bienaventuranzas son como una expresión de la buena nueva y al mismo tiempo dicen como quiere Dios que sea su reino. Las bienaventuranzas revelan además un Dios que toma partido por estos pobres y no dicen que Dios quiere reinar haciendo felices a los que ahora son desgraciados; e por otra parte también el tema del canto de María, el *magnificat* (Lc 1,46-56)⁴.

Las bienaventuranzas en Mateo:

Al centrarnos en la versión de Mateo, como lo haremos de ahora en adelante es importante decir algo sobre Mateo mismo en relación con su versión de las bienaventuranzas.

Mateo vive y escribe en una comunidad de judíos convertidos al cristianismo una comunidad en la cual el seguimiento de Jesús era entendido por un grupo como mero cumplimiento de la ley; es el sector más rígido de los judíos conversos otro sector lo entiende más como compromiso con el Reinado de Dios tal como lo predicó y encarnó Jesús.

Es además una comunidad que vive la persecución y el conflicto causado por el judaísmo rabínico, a causa de la conversión a Jesús.

Teniendo en cuenta estas dos características de su comunidad, Mateo redacta las bienaventuranzas en función más de este aspecto de persecución y fidelidad y compone el sermón de la montaña haciendo énfasis en la comprensión del seguimiento de Jesús como puro *legalismo* que tenía un sector muy rígido de su comunidad⁵. A partir de allí, Mateo intenta mostrar cómo el reino de Dios no se construye a partir del cumplimiento externo de la ley, sino a través de una respuesta total de la persona a esa oferta del reino. ¿Cómo presenta Jesús dicha propuesta? En lo que se ha llamado el *radicalismo evangélico*, es decir, en la invitación a vivir el seguimiento de Jesús no como una simple adhesión a una serie

4. Cfr. al respecto el estudio trae *Selecciones de Teología*, N. 68, Vol 17, 1978

5. Entre los estudios sobre el evangelio de San Mateo resaltamos dos que nos parecen especialmente significativos a esta perspectiva.
P. Bonnard, *L'Évangile selon Saint Matthieu*, Neuchatel, 1963
P. Benoit, *L'Évangile selon Saint Matthieu*, París, 1967

de normas o de leyes sino como la decisión de hacer la experiencia de la persona de Jesús de una manera coherente, hasta la raíz: "han oído que se dijo... pero yo les digo"; "si vuestra justicia (fidelidad) no es mayor que la de los escribas y fariseos...", etc... Es el amor vivido radicalmente lo que constituye la esencia del seguimiento de Jesús: "...al que te pide la túnica, déjale también el manto"; "...al que te pida que le acompañes un kilómetro, acompáñalo dos" (Mt 5, 40-42). Es decir, el amor al hermano lo tenemos que vivir no según la medida de la ley, es decir, según lo mandado (en mediocridad) sino en radicalidad, hasta el nivel al que nos llama la situación y la necesidad del otro.

Otro elemento que es necesario constatar es que en Mateo las bienaventuranzas están ubicadas en el contexto del sermón de la montaña con una intencionalidad bien definida. En Mateo, el sermón de la montaña recoge lo que podríamos llamar la mejor y más clara catequesis parenética de Jesús sobre el reino⁶. Allí Jesús, en primer lugar da a conocer qué es el reino, cómo se entiende, cómo se realiza, etc..., evidentemente dicha proclama del reino la complementa después con la predicación de las parábolas. En segundo lugar, Jesús presenta cuáles son las actitudes con las cuales se recibe y se construye el reino (el reino en la perspectiva de Jesús es don, *gracia*, y al mismo tiempo tarea, compromiso), actitudes que presenta básicamente en las bienaventuranzas (pobreza de corazón, compasión, fidelidad en la persecución, trabajo por la paz y la justicia, etc...). En este sentido el sermón de la montaña no es más que la catequesis parenética de Jesús sobre la Buena Nueva; su marco histórico, su estructura literaria y lingüística, así como su intencionalidad teológica, nos lleva necesariamente a una conclusión fundamental: el sermón de la montaña tal como nos lo ha transmitido Mateo representa en toda su fuerza la actividad parenética de Jesús; nos ofrece en toda su frescura el anuncio del reino; un reino que es oferta realizada ya en Jesús, pero al mismo tiempo actuada en su *seguimiento*, a través de la fidelidad a lo que podríamos llamar la justicia profética, la cual es completamente diversa a la justicia legalista encarnada en los escribas y fariseos. El sermón de la montaña es la buena nueva de la liberación anunciada por Jesús a todos los hombres y mujeres, pero desde los pobres, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los que luchan por la paz...En otras palabras, desde los marginados, los sufrientes y empobrecidos de la historia y desde los que saben ponerse al lado de ellos⁷.

-
6. J. Jeremías, *Paroles de Jésus, Le Sermón sur la Montagne; le Notre Père Dans L'Exégèse actuelle*, Paris, 1963. Este es uno de los estudios más ricos desde el punto de vista exegético-teológico sobre el sermón de la montaña. Confrontar también en otra orientación, pero con igual seriedad y riqueza el estudio de W. D. Davies, *The Sermon on the Mount*, Cambridge, 1977.
 7. Carlos Calderón., *La no-violencia y el Sermón de la Montaña*, Tesis de grado, Universidad Pontificia Gregoriana, Roma, 1979.

2. LAS BIENAVENTURANZAS COMO OFERTA DE SENTIDO DE LA VIDA

La realidad del mundo de hoy nos sitúa ante múltiples maneras de dar sentido a nuestra existencia; se nos ocurre que toda esa gama de posibilidades de llenar la vida de sentido se podrían resumir en dos:

La manera capitalista: El capitalismo no es solamente un sistema socio-económico; es ante todo (y esto es quizá lo más grave), una mentalidad, un estilo de vivir que lleva a poner el dinero, el lucro, la competencia, el éxito económico el poder y la fuerza como objetivo y meta del vivir...quizá sea esta mentalidad la razón explicativa de la situación actual que vive no solamente nuestro país sino también el mundo.

La manera evangélica: Como alternativa a esta manera de dar sentido a la vida, aparece la que nos presenta el evangelio en la persona y en la palabra de Jesús. Para Él el sentido auténtico del vivir está en el amor, en el servir, en la entrega a los demás, es decir, en los valores que se anuncian en las bienaventuranzas. Según esta manera de vivir, ¿quiénes pueden dar sentido a la existencia, se felices, hacer al mundo bienaventurado?

- Los que tienen corazón de pobre; aquellos que por estar "ligeros de equipaje" pueden hacer de su vida un hogar de acogida para los demás; aquellos que movidos por su opción por el Reino de Dios saben hacerse hermanos de los pobres.
- Los misericordiosos; es decir, aquellos que en su corazón hacen lugar a la compasión y deciden invertir su vida en función de los más débiles.
- Los de corazón limpio y transparente; quienes deciden vivir y actuar honestamente limpios en medio de una sociedad hipócrita y de segundas intenciones.
- Los apasionados por la justicia; los que en medio de unas estructuras injustas que solamente dan lugar a los más vivos, a los que se han apropiado del privilegio del tener y del poder, saben ser fieles defensores del pobre, del marginado, del débil, del indefenso; es decir, constructores de justicia e igualdad.
- Los que experimentan persecución, conflicto y ataque, no a causa de ingenuidad, o de su deseo de protagonismo, o de su patología conflictiva, si-

a causa de su fidelidad y de su compromiso con la causa del reino, en el débil, en el indefenso y el sufriente.

Los que en medio de una sociedad violenta y disociadora saben manejar y canalizar sus fuerzas agresivas permaneciendo como testigos y hacedores de la paz.

Acercarnos a las bienaventuranzas es entonces acercarnos a la posibilidad de dar a nuestras vidas un sentido muy concreto y específico; es recibir la posibilidad de llenar de significación profunda la existencia, pues son esos valores que encarnan las bienaventuranzas los que dan al existir una dimensión antropológica profunda.

3. LAS BIENAVENTURANZAS Y EL SEGUIMIENTO DE JESUS

Muchas veces en la Iglesia y en los grupos eclesiales hemos entendido el seguimiento de Jesús como una mera *función*, de una manera muy mediocre, muy poco exigente, desembocando en un puro *activismo* vaciado de profundidad y seriedad; ello nos hace además incoherentes: trabajamos tal vez mucho por los demás, pero dejando intactas nuestras actitudes, nuestro estilo de vida. Esto nos lleva por ejemplo a trabajar quizá mucho por los pobres (en forma por demás *caritativista*), pero dejando intactas nuestras actitudes burguesas, de ricos. Participamos en acciones a favor de la justicia, pero dejando intactas las estructuras que generan la desigualdad, no tocando tampoco los mecanismos que nos hacen injustos en nuestra vida de relaciones cotidianas. Nos comprometemos con la paz, pero dejamos intactos los mecanismos que generan violencia o que nos vuelven agresivos con los demás. El seguimiento de Jesús al estilo de las bienaventuranzas, nos lleva a ser muy coherentes; o mejor, el seguimiento de Jesús hoy (proyecto de vida de todo creyente), para que sea coherente y evangélico no puede asumirse sino desde el espíritu de las bienaventuranzas. Como un aporte a esta búsqueda de espiritualidad auténticamente evangélica quisiéramos centrarnos en la significación actual de tres de las bienaventuranzas que consideramos en el texto mateano como fundamento no solamente de las otras sino de todo el sermón de la montaña y de lo que él representa en el contexto del núcleo del kerigma cristiano; son ellas las bienaventuranzas de la pobreza, de la justicia y de la paz.

Lo primero que habría que decir es que la significación de la bienaventuranza de la paz está en íntima conexión con la bienaventuranza de la justicia; y ambas se comprenden solamente en relación con la bienaventuranza de la pobreza evangélica. La justicia y la paz son dos realidades que ni bíblica (cfr. Salmo 85)

ni teológicamente (cfr. toda la reflexión teológica y doctrinal de la Iglesia), ni aún políticamente pueden separarse. Y a su vez, el trabajo por la paz y la justicia, si no es una actitud (estilo de vida pobre y sencillo), es un trabajo sin fuerza, incapaz de generar hombres y mujeres nuevos que den consistencia en sus vidas y en las estructuras sociales y políticas, a la paz y a la justicia; generarán tal vez acciones que rápidamente desaparecerán por no estar arraigadas en lo más profundo de las personas, en sus opciones fundamentales.

La bienaventuranza de la pobreza evangélica

“Felices los que eligen ser pobres porque esos tienen a Dios por Rey” (Mt 5,3)

Es esta la bienaventuranza (actitud de vida) sobre la cual se estructura no solamente la predicación de Jesús sino su práctica toda. Nace pobre entre los pobres (Lc 2,7-19); sus padres presentan en el templo la ofrenda de los pobres (Lc 2,24); careció de medios para recibir enseñanza en las escuelas de los rabinos (Jn 7,15); sus compatriotas lo conocen como un obrero (Mt 13, 55-57). La existencia de Jesús es para los pobres; a ellos anuncia en primer lugar el reino (Mt 5,3; Lc 6,20) y en ello consiste su misión (Lc 4,18 ss); los signos de salvación son la salvación de los pobres (Mt 11,4-6; Lc 7,22); desde los pobres, Jesús se dirige a todos, incluso a los ricos y opresores para denunciarlos (Lc 6,24-26), pero también para llamarlos a la conversión (Lc 19, 1-10).

Muchas de las versiones del texto evangélico hablan de “pobres de espíritu” es esta una expresión no muy feliz en nuestro lenguaje popular; además de una expresión que parece no estar en consonancia con la mentalidad de Jesús a respecto. Por ello hemos preferido partir de la versión de Luis Alfonso Schökel y Juan Mateos (versión por lo demás muy apreciada entre los exégetas hoy), que ayuda a comprender mejor el sentido y la intencionalidad de Jesús al pronunciar esta bienaventuranza. La pobreza evangélica, tal como la concibe Jesús aparece como una actitud de libertad y de relativización ante el dinero, ante los bienes materiales, ante las cosas, y por eso como una actitud de apertura, de sencillez y de fraternidad ante las personas. Son dos dimensiones que hay que asumir dialécticamente: ser evangélicamente pobre no consiste en no tener cosas, es un estilo de vivir y de relacionarse. Pero este estilo de vivir y de relacionarse es imposible tenerlo cuando se nada en el lujo, cuando se está obsesivamente centrado en las cosas, en el dinero; quien elige el dinero, el poseer, la riqueza como absoluto de su vida, no tiene lugar para Dios, ni para los demás hermanos y hermanas. Elegir ser pobre evangélicamente hablando no es otra cosa que decidirse a tener a Dios como primer rey de la vida, como la mayor posesión... y al reino (paz, fraternidad, acogida, justicia, solidaridad, etc...) como pasión y como tarea. Cuando

absoluto de nuestra vida es Jesús y el anuncio de su reino, lo demás comienza a sobranos, a ocupar un lugar relativo en nuestra vida, a convertirse en "añadiduras" (Mt 6,33), dejan de ser absolutos de nuestras vidas, y esto es profundamente liberador.

La bienaventuranza de la justicia

"Felices los que tienen hambre y sed de esa justicia, porque esos van a ser satisfechos" (Mt 5,6)

Es la otra cara de la bienaventuranza de la pobreza evangélica. Pobreza y justicia son dos realidades unificadas en la vida y en la predicación de Jesús. Si la pobreza como bienaventuranza nos remite más a un estilo de vida, a una actitud, la justicia nos remite a una tarea, a un compromiso. La bienaventuranza de la pobreza le da una dimensión *evangélica* a nuestra experiencia de fe, a nuestra vida; la bienaventuranza de la lucha por la justicia le da una dimensión *política* a nuestra fe.

Junto con la bienaventuranza de la paz, la de la justicia nos lleva a vincularnos a los más pobres y a todos los hombres y mujeres de "buena voluntad", para transformar este mundo de hambre, desigualdad, marginación e injusticia, en un mundo nuevo, más justo, más participativo, más fraterno; es decir, en el anticipo de aquello que Jesús llamaba "reinado de Dios". Y para que este compromiso nuestro con la justicia (es decir, nuestra inserción como cristianos en el mundo de lo político) lo sea a la manera de Jesús, es necesario realizarlo a la manera del evangelio, al estilo de las otras bienaventuranzas: a partir de un estilo de vida sencillo y austero, misericordioso, limpio, pacífico, etc...

Sin estas dos exigencias, las de la pobreza evangélica (actitud ante el dinero y los bienes materiales), y la de la justicia (compromiso por un mundo más participativo e igualitario), no puede entenderse ni realizarse la bienaventuranza de la paz. Para plantear un trabajo por la paz de hoy en la realidad de nuestro continente, es necesario *poner el dedo en la llaga* de la realidad social; y poner el dedo en la llaga de la situación de América Latina es tocar el fondo del problema; es encontrar el culto y la idolatría del dinero como raíz de todos los otros males. El lujo, el despilfarro, la ostentación, el estilo *faraónico* de vivir de muchos de nuestros políticos y potentados, de nuestros dirigentes, y aún de buena parte de nosotros, hombres de iglesia, ante la carencia de las mayorías pobres, ¿no serán la cuota grande en la generación de una parte de la violencia que azota a nuestros países? Muchas obras *faraónicas* proyectadas por el estado, no ciertamente en función de los menos favorecidos, ¿no serán monumentos de violencia ahí en medio de nuestras ciudades?

La bienaventuranza de la paz

“Felices los que trabajan por la paz, porque a esos los va a llamar Dios hijos suyos”.(Mt 5,9)

Como resultado de las dos anteriores bienaventuranzas (pobreza y justicia) aparece la de la paz. Para descubrir el significado de esa bienaventuranza es necesario decir siquiera algunas palabras sobre el significado bíblico del término.

En el antiguo testamento, el concepto, o mejor, la comprensión de la paz fue evolucionando de una concepción más militar a una concepción más integral, más antropológica y más teológica, pasando por una concepción más política.

Concepción militarista: La paz es la simple ausencia de guerra, de conflicto. Es la concepción que tuvo Israel a partir de sus primeras etapas de formación como pueblo, como nación y que aparece en algunos de los textos bíblicos; es la etapa en la cual Israel desplegaba todas sus energías en el trabajo por defender su derecho a existir como pueblo, como nación ante las invasiones y amenazas de los pueblos vecinos⁸.

Concepción socio-política: La paz es el fruto de la justicia, de la satisfacción de las necesidades básicas, de la igualdad social y económica. Es la concepción que aparece en algunos de los salmos y en los profetas (Salmo 85,11; 72,3; I, 60,17)

Concepción integral: Partiendo de las dos concepciones anteriores, las cuales aparecen como condición, como presupuesto, se concibe la paz como bendición de Dios, como prosperidad, como plenitud. Ella es el fruto de la integración de hombre consigo mismo, con la naturaleza, con los demás y con Dios. En el lenguaje bíblico se expresa esta experiencia con el término *shalom!* El sentido bíblico de esta palabra es tan profundo e integral que en ninguna otra lengua puede encontrarse un término que traduzca y exprese felizmente el significado. En la medida en que tanto las personas a nivel individual como los grupos sociales puedan satisfacer sus necesidades vitales mínimas (justicia), y puedan convivir con los otros armónicamente y en un clima de respeto (ausencia de guerra), en esa medida será posible vivir relaciones integradas consigo mismo, con su cuerpo, con la creación, con las cosas, con los demás seres humanos, y con Dios.

8. Cfr. por ejemplo el libro de los Jueces, así como el de los Reyes.

Es esta concepción más integral de la paz como experiencia de reconciliación (en el sentido de integración) consigo mismo y con lo que le rodea, la que aparece en Jesús (Lc 24,36; Jn 14,27; 16,33; Mt 14,34; 11,12); es esta la paz que él presenta precisamente como bienaventuranza. En esta perspectiva cristológica, la paz aparece como resultado de la superación de una relación agresiva consigo mismo (paz psicológica), con Dios (paz teológica), con los demás (paz social), con la creación y con el medio ambiente (paz ecológica).

En esta dimensión bíblica integral, la paz es concebida no simplemente como ausencia de guerra o de conflictos sino más bien como la presencia en las relaciones interpersonales y sociales, de unos valores, de unas actitudes a partir de las cuales los conflictos, los problemas, las dificultades pueden ser asumidos sin que se desintegre la armonía interior. En la mentalidad de Jesús son felices los que logran mantener esta actitud de serenidad, de integración de fuerzas internas, de manejo de sus agresividades, aún en medio de situaciones conflictivas, amenazantes⁹. Quienes procuran mantener esta situación en sí mismos, a nivel interno, en sus relaciones; es decir, quienes saben manejar todas las fuerzas contradictorias que lo acosan y no experimentarlas como amenaza, esos son los *arquitectos de la paz*. Pero ello, como lo afirmábamos anteriormente, la bienaventuranza de la paz es una tarea que viene a ser fruto y resultado de una actitud de vida; la actitud de vida que nos presentan las bienaventuranzas todas.

Esta experiencia de la paz solamente la puede vivir la persona centrada, *integrada*, en el sentido profundo de la palabra. Y esta experiencia de estar centrado, *integrado*, pacificado interiormente solamente es posible para quien ha sido capaz de elaborar un proyecto fundamental de vida, para quien vive la vida a partir de una opción fundamental. En este sentido la paz sólo es posible en quien (y desde quien) ha podido hacer la experiencia profunda de Dios, del absoluto. Es la experiencia *sana* de Dios, (en términos no religiosos diríamos experiencia del trascender) la única que hace posible integrar las fuerzas (pulsiones en el sentido sicoanalítico) internas y externas que amenazan el *shalom*, la armonía de la persona. Es aquí donde aparece la urgencia de elaborar una especie de *pedagogía de la paz*; una tarea que haga surgir (en especial a los jóvenes), proyectos fundamentales de vida, que generen la experiencia del trascender en ellos. Es este el reto y el desafío de la bienaventuranza de la paz para la Iglesia, para los educadores, para los padres de familia, para los líderes políticos y religiosos, en fin, para cada uno de nosotros los creyentes.

9. Cfr. el concepto de "ajuste psíquico" o el de "salud mental" en la psicología.

CONCLUSION

Todo lo anterior nos ha llevado a descubrir el seguimiento de Jesús como la tarea fundamental y constitutiva de la existencia cristiana. Nos ha llevado también a descubrir el texto de las bienaventuranzas como camino del seguimiento de Jesús; en ellas encontramos nosotros una manera de hacer la experiencia de Dios y un estilo de vida que acompañe esta experiencia, es decir, en ellas encontramos todo un proyecto de espiritualidad cristiana. Nos queda solamente la exigencia de constatar la necesidad hoy urgente en el contexto de nuestra realidad latinoamericana, de dar una atención especial a la reflexión, al estudio, a la contemplación orante y al compartir comunitario de este texto que si llegara a ser vivido por todos nosotros en la Iglesia y en la sociedad podría constituir verdaderamente entre nosotros una Iglesia pobre, sencilla, solidaria, trasparente, comprometida con los pobres, profeta de justicia y apasionada de la paz. Centrar nuestras vidas, las vidas de nuestros grupos y comunidades en el seguimiento de Jesús al estilo de las bienaventuranzas, daría a nuestra existencia cristiana un aire de transparencia, de coherencia, de testimonialidad de significación evangélica; quizá es lo que espera de nosotros hoy el mundo en este final de milenio, en el umbral de la celebración de los 500 años de la evangelización de nuestro continente. Quizá también, podría ser este un proyecto para nuestra Iglesia latinoamericana próxima a reunirse para la cuarta conferencia general del episcopado en Santo Domingo. Qué bonito y refrescante sería que este encuentro (auténtica experiencia del Espíritu para nuestro continente), fuera más que un encuentro de discusiones ideológicas y teológicas, una experiencia de revisión de vida sincera de la Iglesia a la luz del evangelio, del magisterio de Medellín y de Puebla, así como de las orientaciones del Papa, todo esto como una tarea de revisarnos como Iglesia latinoamericana a la luz de las bienaventuranzas, del sermón de la montaña! Más que documentos, declaraciones, discusiones, lo que necesitamos en nuestra Iglesia latinoamericana hoy es ponernos sinceros y con actitud de conversión ante el proyecto de Jesús ante la propuesta de estilo de vida que nos da en las bienaventuranzas. Confrontarnos y apoyarnos mutuamente con un sentido de fraternidad eclesial, en la búsqueda de un estilo de vida pobre, sencillo, acogedor, sensible, misericordioso, limpio, coherente, pacífico...¿no será esta la tarea para nuestra cuarta conferencia general del episcopado?